

A este punto, mi mente hace la analogía de las veces que la población de la isla ha estado, en términos ambientales o sociales “a punto de cocada” y por un descuido, cerca de quemarse y de echarse “a perder toditica”.

Julia, mujer nacida a orillas de los ríos Cauca, San Jorge y Magdalena, a sus 41 años camina las playas de San Andrés con una palangana sobre la cabeza vendiendo cocadas tradicionales de su tierra, Magangué; en busca de quien, por el olor a coco, por conocer un nuevo sabor o por menguar el hambre, compre sus deliciosas preparaciones.

Otrora, la cocada se hacía solamente con coco; pero hoy –comenta con un agradable tono de voz– a veces se prepara con algo de papaya, dependiendo de la temporada de esa fruta; y cómo desde la noche anterior se dedica a la preparación de su producto, base de la economía familiar de su hogar.

“Paso horas frente al fuego moviendo la masa para que no se pegue hasta que está a punto de ser derramada en la bandeja para luego dejarla enfriar antes de ser cortada. Si me descuido, se quema y se echa a perder toditica”, explica.

“Se quema y se echa a perder toditica”... con cada anuncio de temporada de sequía en donde El Niño hace su juego, mientras una población vulnerable espera poder beber agua de la mano de quien inauguró una planta antes de entregar su mandato.

O mientras la autoridad ambiental hace presencia con su silencio, sobre el estado actual de los acuíferos sometidos a la presión de proveer una población creciente, tanto de lugareños como de visitantes; al tiempo que las tuberías de conducción pierden un altísimo porcentaje del líquido.

Al mismo tiempo Julia, frente al fogón, cuidando de la paila, sirve el desayuno a su pareja, un pescador de oficio que saliendo a su habitual faena no sabe que en ese mismo mar se arrojan las aguas servidas, como un enorme caldo de bacterias coliformes total o superior a 5000/100ml en el área de influencia del emisario submarino.

Juancho o *big man* como lo llaman en el barrio, nunca ha escuchado nada al respecto, simplemente sabe que allí la pesca es más abundante. Obvio, a él poco o nada le interesa que haya objetivos de calidad definidos en la resolución 532 del 2006 emitida por Coralina.

“¿  
*Coralina what? No tell me non man*  
...”

Pero sigamos con Julia; tiene tres hijos, dos nacidos en la isla y otro que le cuida una cuñada en su tierra natal. Para salir de su barrio utiliza tres medios de transporte: sus pies para llegar a una carretera destapada que se ubica a tres cuadras de su casa; hace otro trayecto en moto taxi hasta la vía pavimentada más cercana y allí toma un taxi.

“Mis hijos han salido bien educados, soy de voz fuerte y no aguanto ningún perendengue en casa. Juancho llega después de la faena de pesca y almuerza con ellos. Eso sí, después de la siesta hacen las tareas y cuando terminan no tienen más pa’donde echar, se quedan en casa; no quiero que estén con ese poco de malandros del barrio”. Y así pasan los días....

Su casa fue construida en un lote de 15 por 20 metros, justo encima de un humedal rellenado con escombros de construcción en los años noventa, que durante el periodo de lluvias se inunda hasta la altura de la rodilla.

El servicio de energía eléctrica le llega por un par de cables ‘pegados’ del poste; y el agua, por una intrincada red creada por los primeros pobladores del barrio de donde cada tres semanas, almacena alrededor de 1.500 litros. El agua potable la compra en bolsas en la tienda más cercana.

“Dicen que hay que sacar gente porque somos muchos. Que empiecen por los malandros, que tanto daño hacen a la gente; sea quien sea y tenga la plata que tenga. A mí no sacan, porque aquí nacieron mis dos hijos y su padre es raizal.

Y, ¿para dónde van a echar esa otra gente, si por allá la cosa está peor? Al menos aquí se ve la plata”, finaliza Julia, que no tiene ni idea que hasta el relleno sanitario Magic Garden está

colmatado.

¿Será que en nuestras manos hemos tenido las dos mejores herramientas para definir nuestro destino poblacional y ambiental y que frente a nuestra mirada nos han fallado? O, ¿nosotros mismos hemos abierto la puerta de la permisibilidad?

Para cerrar esta analogía me queda preguntar (nos), ¿aún estamos a 'punto de cocada' para mitigar los daños?